

“La mujer no existe. Un collage textual”

Rosa Durá

Con el empleo del término collage –había pensado en un principio usar el subtítulo “Un Frankenstein textual”, pero me parecía excesivo– no hago más que apuntar a la petición de las organizadoras de elaborar un trabajo a partir de una serie de textos publicados en el marco de la celebración de la Gran Conversación Virtual Internacional de la AMP.¹ Acepté con gusto la invitación, pero con una preocupación acuciante: ¿podré ser fiel a esos textos, mantener su sentido, transmitir lo que ellos mismos tratan de cernir y, a la vez, armar un escrito personal que dé cuenta de mi propio estilo? Para la primera parte de la interrogación encontré rápidamente una respuesta: absolutamente no; para la segunda, sobre todo en articulación con la primera, está por ver. Mi propósito, en definitiva, es hacer de lanzadera de esos textos y estimular la conversación en torno a un trabajo que ha consistido en ponerlos a dialogar entre ellos. El resultado de esa dialéctica es lo que sigue.

Ciertamente, desde un discurso ajeno al psicoanálisis, resulta un atrevimiento hoy en día afirmar que “La mujer no existe”, un atrevimiento valiente y subversivo, como dijo Miller,² y todos los textos que he revisado se hacen eco de esta hiancia entre el discurso analítico y otros discursos. Los irónicos exabruptos de Brousse –“¡Estos lacanianos están locos!”– y de Dumoulin –“¡Qué escándalo!”– inician una distinción discursiva en la que

¹ Los textos trabajados se han publicado en la sección Argumentos de la Gran Conversación Virtual Internacional (del 31 de Marzo al 3 de Abril de 2022), y son los siguientes:

1) “Si la mujer no existe, ¿son los hombres mujeres como las otras?”, Anaëlle Lebovits-Quenehen: <https://www.grandesassisesamp2022.com/es/si-la-femme-nexiste-pas-les-hommes-sont-ils-des-femmes-comme-les-autres/> [Consultado el 19 de octubre de 2021].

2) “Un asunto de desaparición: L (ella) se ha largado”, Marie-Hélène Brousse: <https://www.grandesassisesamp2022.com/es/une-affaire-de-disparition-l-sest-barre/> [Consultado el 19 de octubre de 2021].

3) “Dos sexos, un cuerpo, ningún universo”, Laurent Dumoulin: <https://www.grandesassisesamp2022.com/es/deux-sexes-un-corps-aucun-univers/> [Consultado el 19 de octubre de 2021].

4) “La mujer no existe”, Christiane Alberti: <https://www.grandesassisesamp2022.com/es/la-femme-nexiste-pas-2/> [Consultado el 19 de octubre de 2021].

² Miller, J.-A., *Punto cenit. Política, religión y el psicoanálisis*, Buenos Aires, Colección Diva, 2012, p. 29.

se plantea, como afirma esta última, la colisión con una doxa que se ignora (la de la episteme psicoanalítica) o, en el peor de los casos, una demonización del psicoanálisis acusado de reaccionario, fruto de una *mala lectura* de la enseñanza de Lacan. Pero, en realidad, y sigo en este punto a Alberti y a Dumoulin, el mundo contemporáneo y el neo-feminismo, que lideran un empuje a la feminidad y “denuncia las fechorías del patriarcado”, mantienen, sin saberlo, una referencia al padre cuando tratan de colocar a la mujer en el orden androcéntrico –en el orden viril, pues, como si de un nuevo amo se tratase– y se proponen, además, ejercer un control sobre el goce cuando, al buscar dar mayor consistencia ontológica a lo femenino, “sitúan el combate político en el lugar mismo del cuerpo femenino”. No deja de ser una sutil ironía que tanto Freud como Lacan –al demostrar que la pulsión encuentra vías polimorfas de satisfacción para cada sujeto (el primero), y al pluralizar los Nombres del padre, lo que equivale a una diversidad de las formas de goce que destronan al Edipo como solución única del deseo (el segundo)– resulten ser los padres de los Estudios de género.

El problema reside en querer borrar o pluralizar el binario hombre/mujer, la diferencia sexual, la posición sexuada –como queramos decirlo– y hacerlo equivaler al género que se diversifica a pasos agigantados, invenciones para tratar el goce, lo real del sexo, en definitiva, semblantes, construcciones sociales y como tal, pertenecientes al orden simbólico.

El cuerpo del ser humano tienen dos particularidades, la primera es que es hablante, esa circunstancia lo aleja, para lo que aquí nos interesa, de la anatomía, del organismo y de la genética. Es por eso que, con Marie-Hélène Brousse, puedo afirmar que tanto las mujeres son hombres como los otros, como el hombre es mujer. La segunda es que es un cuerpo gozante, que en parte, resiste al tratamiento vía simbólica (lenguaje, leyes, semblantes...). Es a partir, precisamente, del par hombre/mujer que surge la polémica fórmula “La mujer no existe” en perfecta articulación con “La relación sexual no existe”, enunciaciones que vienen a dar cuenta de la imposibilidad de escribir la relación entre los dos sexos, obstáculo del que tenemos constatación clínica sobrada, origen de ilimitado malestar.

Como no podía de ser de otro modo, los cuatro trabajos ponen la lupa en esta fórmula que, como sabéis, da nombre a la Conversación, y esta se modula con los conceptos de goce femenino, goce fálico y la variable del no-todo.

Según Alberti, Lacan introduce el término sexuación, para distinguirlo del de sexo, para señalar la elección del sujeto deudor de lo que teorizó en con las fórmulas de la sexuación, que plantean dos lógicas que superan los estereotipos asignados al ser hombre y ser mujer, dos modalidades, añade Dumoulin, con las que el lenguaje intenta disponer el goce y que escapan siempre de la complementariedad.

Retomando a Alberti, tenemos, pues, la parte hombre y la parte mujer. Por lo que respecta a la primera, el sujeto se refugia bajo el régimen de la castración y, por tanto, en el orden de la falta. La experiencia del cuerpo que le es propia es la de un goce alrededor del órgano fálico, localizado y, esto es importante, experimentado fuera del cuerpo, lo que coloca el mundo de la sexualidad del lado del amor y el deseo con la mediación del fantasma. Goce fálico, en fin, del que participa tanto el hombre como la mujer.

Por lo que respecta a la parte mujer, responde a una relación contingente con el falo, no está tomada por la dimensión fálica y, por tanto, escapa a cualquier universal. No toda tomada por el goce fálico, matriz de ese no-todo que caracteriza el goce llamado femenino, un goce del cuerpo, sin razón, sin forma, inefable. En este punto, Lebovits-Quenehen indirectamente remite a la escucha clínica y de forma casi poética afirma que el goce femenino, lejos de ser un semblante, agujerea los semblantes; lo que se revela de una mujer en el discurso analítico escapa a toda esencialización, la mujer testimonia de su radical diferencia, incluso consigo misma, “Otra para siempre en su goce”.

De modo que no hay esencia de la mujer y lo que designamos como femenino es “la no-coincidencia entre un sujeto y ese goce [...] real que lo habita”, dicho de otro modo, “lo real del goce que existe”. En esto radica la tachadura de Lacan sobre el artículo definido *La* del sintagma “*La* mujer”, y a esta cuestión de raigambre lingüística aluden tanto Lebovits-Quenehen, a quien hemos seguido en este último aspecto, como Marie-Hélène Brousse que, en ese diálogo ficcional con un hipotético representante del mundo contemporáneo o de discursos alejados del psicoanálisis, nos hace reparar en la escritura de la fórmula para incidir en la idea de que la tachadura no se encuentra sobre el sustantivo “mujer”, sino sobre la *le*, que en francés, como nos advierte la traductora del texto, equivoca con “ella”, es decir, las mujeres, como las relaciones sexuales, existen, lo que no existe es *La* mujer ni *La* relación sexual (la complementariedad entre un hombre y una mujer). La barra sobre el artículo escribe una falta que viene a redoblar, del lado femenino, la falta en ser que ya se encuentra en el lado hombre. Una falta al cuadrado,

viene a decir y, citando a Miller, concluye que no hay significante para *La* mujer y es por eso que ese lugar permanece vacío.³

Pero, entonces, ¿qué es este goce Otro, el femenino?, ¿a qué nos referimos cuando hablamos de él? Si se dice que es ilimitado, indecible... ¿cómo cernirlo? La inefabilidad y el goce en el cuerpo es lo que traba este goce con la experiencia mística, relación que Lacan estableció y al que alude Alberti. También encontramos un goce ilimitado asociado a la feminización, aunque pienso que de otro orden, en el testimonio que ofrece Schreber (Dumoulin).

Schreber era un hombre que presentaba un fuerte empuje a la mujer, san Juan de la Cruz, y no es el único místico varón, era un hombre... Estas consideraciones me llevan al último punto que abordaré.

Hace ya bastantes años, en un seminario del Instituto del Campo Freudiano escuché a Marie-Hélène Brousse expresar, en su particular estilo coloquial, algo así como: ¡Ah, y qué pasa con los *tipos!*, es decir, ¿qué pasa con el goce femenino en los hombres? En este escrito, la psicoanalista francesa no hace ninguna referencia a este tema, aunque sí en otros lugares,⁴ pero sí se ocupan de él, tanto Alberti como Lebovitts-Quenehen ¿Qué nos dice Alberti? Que las mujeres no tienen el monopolio del goce femenino, que también vale para los hombres y que, por tanto, “lo que Lacan llamaba *principio femenino* puede generalizarse a los hombres”. Puesto que el régimen es el del goce y no el de la anatomía, igual en mujeres que en hombres, sobre este goce inefable poco se podrá decir. Por su parte, Lebovitts-Quenehen plantea algunas consideraciones que incluyen múltiples interrogantes y que trataré de parafrasear:

Primero, ¿no es acaso el testimonio de las mujeres, que tiene un lugar preeminente en la historia del psicoanálisis, el que descubre a Lacan el goce Otro, nombrado por él como femenino?

Segundo, en el mundo contemporáneo, ¿podemos llegar a decir que hombres y mujeres testimonian de la misma forma?

³ Miller, J.-A., “De mujeres y semblantes”, *Conferencias porteñas*, tomo II, Buenos Aires, Paidós, p. 100.

⁴ “El agujero negro de la diferencia sexual”, *Freudiana* 87, 2019, pp. 35-46.

Por último, ¿qué podrá enseñarnos clínicamente la escucha de aquellos que no se sienten ni hombre ni mujer, o los que se dicen mujeres como los cisgénero o los trans?

En fin, ¿estamos locos los lacanianos? Sí, sin duda, ya sabemos que todo el mundo es loco, pero, puestos a elegir, por lo que a mí respecta, prefiero habitar nuestra locura que la de ellos.